

En busca de una visión de conjunto

¿Por qué le gustan tanto a la gente los relatos de misterio? Los detectives de la televisión se han convertido en parte integral de la cultura de Occidente. Las estanterías de nuestras tiendas de libros se encuentran atestadas de las últimas novelas de autores del estilo de Ian Rankin y Patricia Cornwell así como de los grandes del pasado. Escritores como Sir Arthur Conan Doyle, Agatha Christie, Raymond Chandler, Erle Stanley Gardner y Dorothy L. Sayers se labraron una reputación gracias a ser capaces de mantener el interés de sus lectores conforme una infinidad de misteriosos casos de asesinato se iba resolviendo ante sus ojos. Devoramos las aventuras de detectives de ficción como Sherlock Holmes, Philip Marlowe, Perry Mason, Lord Peter Wimsey y la señorita Jane Marple. ¿Por qué disfrutamos tanto de algo así?

Dorothy L. Sayers tenía su propia explicación al respecto. Allá por 1940, la autora recibió una invitación para dirigirse a la nación francesa con el propósito de elevar sus ánimos en las etapas iniciales de la Segunda Guerra Mundial. Decidió darle un empujón a la autoestima de los franceses haciendo hincapié en la importancia de aquel país como origen de grandes detectives literarios.¹ Por desgracia, llegado el día 4 de junio de 1940, Sayers no había terminado de preparar su charla. El alto mando del ejército alemán, consciente sin duda de la oportunidad que le brindaba aquel retraso, invadió Francia una semana más tarde. La charla

¹ Dorothy L. Sayers, *Les origines du roman policier* (Hurstpierpoint, UK: Dorothy L. Sayers Society, 2003).

de Sayers, en honor de la figura del detective literario francés, nunca llegó a transmitirse.

Una de las temáticas centrales de la disertación de Sayers era que la ficción detectivesca atrae a nuestro más profundo anhelo de interpretar lo que para algunos parece una serie de sucesos inconexos. Sin embargo, dentro de esos mismos sucesos se encuentran las pistas, los indicadores de relevancia, capaces de conducirnos a la resolución del misterio. Resulta necesario identificar las pistas y situarlas en contexto. Tal y como lo expresa Sayers a través de una imagen de la mitología griega: «segui-mos, paso a paso, el hilo de Ariadna y acabamos llegando al centro del laberinto».² O, por recurrir a otra imagen popularizada por el gran filósofo de la ciencia británico William Whewell (1794-1866), hemos de hallar el hilo correcto en el que engarzar las perlas de nuestras observaciones, de modo que estas expongan así su verdadera disposición.³

Sayers, una de las novelistas británicas más exitosas y de un mayor talento en el género detectivesco, acertaba de manera incontestable al resaltar la importancia del anhelo que tiene el ser humano de llegar a entender las cosas. La «edad de oro del relato detectivesco», a la que ella contribuyó en gran medida, fue un poderoso testigo de nuestro anhelo de descubrir patrones, hallar un sentido y revelar secretos ocultos. La novela negra apela a nuestra creencia implícita en la intrínseca racionalidad del mundo que nos rodea y a nuestra capacidad para descubrir sus patrones más profundos. Ante nosotros se sitúa algo que requiere una explicación, como en uno de los casos más conocidos de Sherlock Holmes, la misteriosa muerte de Sir Charles Baskerville. ¿Qué había sucedido realmente? No estuvimos allí para observar el suceso, y, sin embargo, por medio de un análisis minucioso de las pistas, podemos llegar a identificar la explicación más probable de cuanto había ocurrido en realidad. Habremos de tejer un entramado de sentido en el que el suceso encaje de manera natural y convincente. Las pistas, a veces, apuntan a diversas soluciones posibles: no pueden ser todas correctas, tenemos que decidir cuál es la mejor explicación de lo observado. La genialidad de Holmes reside en su capacidad para dar con

² *Ibíd.*, 14.

³ William Whewell, *The Philosophy of the Inductive Sciences*, dos volúmenes. (Londres: John W. Parker, 1847), 2:36: «Los hechos son conocidos, pero se encuentran aislados, son inconexos. [...] Las perlas están ahí, pero no colgarán juntas hasta que alguien proporcione el hilo».

la mejor forma de interpretar las pistas que descubre en el transcurso de su investigación.

Este anhelo humano por comprender los enigmas y los misterios de la vida podemos observarlo en incontables formas en nuestro mundo, pasado y presente. A los anglosajones les encantaba provocarse los unos a los otros con adivinanzas complejas cuya correcta solución constituía el equivalente intelectual de una heroicidad en la batalla. Más recientemente, el auge de las ciencias naturales muestra un deseo fundamental del ser humano de dar una interpretación a sus observaciones del mundo.⁴ ¿Cuál es la visión global que unifica nuestras dispares observaciones? ¿Cómo pueden llegar a entretajarse los hilos de las pruebas y las observaciones para crear el tapiz de la verdad? Esta es una visión que cautiva la imaginación del ser humano, que nos mueve a un deseo de explorar y descubrir las estructuras más profundas de la realidad.

Deseamos entender las cosas. Ansiamos ver el panorama completo, conocer la historia en su globalidad, esa historia de la cual nuestra propia historia es un fragmento pequeño, si bien importante. Discernimos con acierto la necesidad de organizar nuestras vidas en torno a un marco de referencia o narrativa rectora. El mundo que nos rodea parece encontrarse tachonado de pistas que apuntan a una visión más amplia de la vida y, aun así, ¿cómo ser capaz de unir los puntos y revelar una imagen? ¿Qué sucede si nos vemos abrumados por una inmensidad de puntos y no somos capaces de distinguir imagen alguna? ¿Y si los árboles no nos dejan ver el bosque?

La poetisa norteamericana Edna St. Vincent Millay (1892-1950) hablaba de una «lluvia meteórica de datos» que caía del cielo,⁵ unos datos que, sin embargo, «aguardaban sin que nadie los cuestionase ni los combinase entre sí». Son como hilos con los que hay que tejer un tapiz, pistas que hay que ensamblar para revelar ese panorama completo. Tal y como señala Millay, nos vemos superados por el volumen de información y no podemos interpretar esa «lluvia de datos» con la que se nos bombardea. Parece que «no hay telar con el que tejerlos». Enfrentados a una superabundancia de información que no podemos procesar, nos vemos viviendo al borde de la incoherencia y de la carencia de sentido. Es como si se nos hubiera mantenido oculto el sentido... si es que lo hay, siquiera.

⁴ Véase Peter R. Dear, *The Intelligibility of Nature: How Science Makes Sense of the World* (Chicago: University of Chicago Press, 2008).

⁵ Edna St. Vincent Millay, *Collected Sonnets*, edición revisada y expandida (Nueva York: Harper Perennial, 1988), 140.

Son muchos los que encuentran insoportable la idea de un mundo sin un sentido. Si no hay un sentido, la vida no vale la pena. Vivimos en una época en la cual la evolución de Internet ha provocado que resulte más fácil que nunca el acceso a la información y la acumulación de conocimiento; pero la información no es sinónimo de sentido, igual que el conocimiento tampoco es sinónimo de sabiduría. Mucha gente se puede sentir engullida por un tsunami de datos en el cual no somos capaces de hallar un sentido.

Esta temática se desarrolla en un pasaje profundo y con mucha fuerza del Antiguo Testamento, en el que el rey de Israel, Ezequías, reflexiona acerca de cuanto ha pasado al hallarse próximo a una absoluta crisis mental (Is 38, 9-20). Se compara a sí mismo con un tejedor que ha sido separado de su telar (versículo 12). Utilizando la imagen de Millay que vimos antes, podríamos decir que Ezequías se siente bombardeado por una «lluvia meteórica de datos» que no es capaz de entretejer en un patrón coherente. Los hilos caían sobre él desde los cielos, pero no tenía forma de tejerlos para revelar una imagen, no era capaz de crear una tela a partir de esos hilos que parecían inconexos, que parecían no conducir a nada, como escalofriantes símbolos de la ausencia de sentido. Le habían sido arrebatados los medios para interpretarlos, y así se encuentra a sí mismo reducido al desaliento y la desesperación.

Para algunos no existe tal panorama global, no hay un dibujo con sentido, no hay una estructura más profunda en el cosmos. Lo que se ve es lo que hay. Esta postura se encuentra en las obras de Richard Dawkins, destacado ateo, quien afirma, confiado y cargado de atrevimiento, que la ciencia ofrece las mejores respuestas a la cuestión del sentido de la vida. Y la ciencia nos dice que no hay un sentido más profundo de las cosas dentro de la estructura del universo. El universo «carece de diseño, de propósito, de un bien y un mal; no hay nada excepto una indiferencia ciega e implacable»⁶.

Éste es un credo escueto, cerrado y dogmático que ofrece a sus fieles una serie de certezas que resultan de lo más oportuno. Ahora bien, ¿está Dawkins en lo cierto? Parece una lectura sorprendentemente superficial de la naturaleza, que apenas raspa la superficie en lugar de zambullirse en busca de estructuras y patrones más profundos. Lo que hace Dawkins, en el fondo, no es más que expresar un prejuicio en contra de que el universo posea un sentido, aunque este venga disfrazado de un modo, digamos,

⁶ Richard Dawkins, *River out of Eden: A Darwinian View of Life* (Londres: Phoenix, 1995), 133. Publicado en español como *El río del Edén* (Barcelona: Debate, 2000).

poco persuasivo como argumento. Sospecho que el verdadero problema que tiene Dawkins es su preocupación de que tal vez resulte que el universo sí tiene un propósito que no goza de su aprobación.

Para la mayoría de los expertos en las ciencias naturales, la ciencia ha de ser considerada como la representación de un viaje interminable hacia la comprensión más profunda del mundo. Es sencillamente incapaz de ofrecer respuestas simples y llanas a las grandes cuestiones de la vida, tales como aquellas de las que Dawkins es partidario. Obligar a las ciencias a responder preguntas que se hallan fuera de su alcance es tratarlas de manera inapropiada, no respetar su identidad y sus límites. Dawkins parece tratar la ciencia como si fuera una ideología atea predeterminada en lugar de una herramienta de investigación por medio de la cual podemos obtener un entendimiento más profundo de nuestro entorno.

La validez intelectual de las ciencias reside en su capacidad de decir *algo* sin tener que decirlo *todo*. Es tan sencillo como que la ciencia no puede responder a las preguntas acerca del sentido de la vida, y no se debe esperar —y mucho menos *forzar a*— que lo haga. Exigir que la ciencia responda a unas cuestiones que se encuentran más allá de la esfera de su competencia supone desacreditarla de manera potencial. Estas cuestiones son metafísicas, no empíricas. Sir Peter Medawar (1915-1987), un sobrio científico racionalista, galardonado con el premio Nobel de Medicina por su trabajo en inmunología, insiste en la necesidad de identificar y respetar los límites de la ciencia. De lo contrario, afirma, la ciencia cae en el descrédito al haber sido objeto de abuso y explotación por parte de quienes cuentan con un programa ideológico. Existen preguntas importantes y trascendentales a las «que la ciencia no puede responder, y que ningún avance científico imaginable podría otorgarle la capacidad de responder».⁷ El tipo de cuestiones que Medawar tiene en mente es lo que ciertos filósofos denominan «preguntas fundamentales»: ¿para qué estamos aquí?, ¿qué sentido tiene vivir? Estas preguntas son reales, son importantes y, sin embargo, la ciencia no puede darles respuesta de una forma legítima: se hallan fuera del alcance del método científico.

No cabe duda de que Medawar tiene razón. En última instancia, la ciencia no nos proporciona las respuestas que la mayoría estamos buscando, y no puede hacerlo. Por ejemplo, la búsqueda de una buena vida se encuentra en el corazón de la existencia humana desde los albores de la

⁷ Peter B. Medawar, *The Limits of Science* (Oxford: Oxford University Press, 1985), 66.

civilización. Está claro que Dawkins acierta al afirmar que «la ciencia no cuenta con método alguno para decidir lo que es ético»⁸, aunque esto ha de ser interpretado como una declaración de los límites de la ciencia, y no como una forma de poner en tela de juicio la posibilidad de una moral. Lo único que consigue la incapacidad de la ciencia para revelar valores morales es que sigamos adelante, que los busquemos en otra parte, en lugar de declarar inútil e inválida la propia búsqueda. La ciencia es amoral. Incluso el filósofo ateo Bertrand Russell, tal vez uno de los defensores menos críticos de la ciencia como árbitro del valor y el sentido, fue consciente de su perturbadora carencia de una dirección moral. La ciencia, «utilizada de manera imprudente», conduce a la tiranía y a la guerra⁹.

La ciencia es moralmente imparcial justo porque es moralmente ciega, se sitúa al servicio del dictador que desea imponer su dominio opresor por medio de armas de destrucción masiva, y de igual modo al servicio de quienes desean sanar a una humanidad maltrecha con nuevos medicamentos y nuevas técnicas médicas. Necesitamos unas narrativas trascendentes que nos proporcionen una orientación moral, un propósito social y una sensación de identidad personal. Por mucho que la ciencia pueda proporcionarnos conocimiento e información, resulta impotente a la hora de conceder sabiduría y sentido.

¿Y cómo encaja aquí la fe cristiana? El cristianismo sostiene que en el orden de las cosas hay una puerta oculta que se abre a otro mundo: una nueva forma de entendimiento, una nueva forma de vida y una nueva forma de esperanza. La fe es una idea compleja que va mucho más allá de la simple afirmación o declaración de que determinadas suposiciones son ciertas. Es una idea relacional que apunta a la capacidad de Dios de cautivar nuestra imaginación, de emocionarnos, de transformarnos y de acompañarnos en el trayecto de la vida. La fe va más allá de cuanto es lógicamente demostrable; y, aun así, la fe posee la capacidad de una motivación y un fundamento racionales.

La fe habrá de ser vista, por tanto, como una forma de creencia motivada o justificada. No es un salto a ciegas en la oscuridad, sino el gozoso descubrimiento de una visión global de las cosas, de la cual formamos

⁸ Richard Dawkins, *A Devil's Chaplain: Selected Writings* (Londres: Weidenfeld & Nicolson, 2003), 34. Publicado en español como *El capellán del diablo* (Barcelona: Gedisa, 2006).

⁹ Bertrand Russell, *The Impact of Science upon Society* (Londres: Routledge, 1998), 97. Publicado en español como *El impacto de la ciencia en la sociedad* (Madrid: Aguilar, 1967).

parte. Se trata de algo que interpela e invita al asentimiento racional, no es algo que lo imponga. La fe consiste en ver cosas que otros han pasado por alto y captar su importancia más profunda. No es por casualidad que el Nuevo Testamento hable de llegar a la fe en términos de recobrar la vista, de verlo todo con mayor claridad, o de que se le caigan a uno de los ojos algo parecido a unas escamas (Mc 8, 22-25; 10, 46-52; Hch 9, 9-19). La fe consiste en una capacidad de visión mejorada que nos permite ver y discernir pistas que están realmente ahí, pero que otros malinterpretan o pasan por alto.

Y, aun así, el Nuevo Testamento habla también de la fe, no como un logro humano, sino como algo que es evocado, suscitado y sostenido por Dios. Dios sana nuestra vista, nos abre los ojos y nos ayuda a ver lo que hay realmente ahí. La fe no contradice la razón, sino que la trasciende por medio de una gozosa liberación divina de los fríos y austeros límites de la lógica y la racionalidad del ser humano. Nos vemos sorprendidos y deleitados por un sentido en la vida que no éramos capaces de descubrir por nosotros mismos; no obstante, una vez que lo hemos visto, todo cobra sentido y encaja en su sitio. Es como leer una novela de misterio de Agatha Christie conociendo el desenlace. Al igual que Moisés, se nos conduce a ascender al monte Nebo y divisar la tierra prometida, una tierra que está realmente allí, pero que se extiende más allá de nuestra capacidad visual normal, oculta por el horizonte de las limitaciones humanas. El marco de la fe, una vez aprehendido, nos otorga una nueva manera de ver el mundo y de interpretar nuestro lugar en ese orden más amplio de las cosas.

Una de las formas más comunes de visualizar la presencia de Dios en la vida es la expuesta en el salmo 23, que habla de Dios como nuestro pastor: Dios está siempre con nosotros, una presencia de gracia y consuelo en nuestro curso vital, incluso aunque uno «camine por cañadas oscuras» (23, 4). La tradición cristiana habla de Dios como nuestro acompañante y nuestro sanador, quien despeja los rompecabezas y los enigmas de la vida. Tal vez el mundo parezca una tierra oscura; sin embargo, Dios es nuestra luz, quien ilumina nuestra senda mientras viajamos. Tal y como lo expresa el poeta dominico Paul Murray, Dios es «el ojo de la aguja hacia el cual se ven atraídos todos los hilos del universo».

¿Cómo tratamos de entender las cosas, entonces? En el siguiente capítulo, exploraremos esto en mayor detalle.